

la Asunción y acabar de una vez con todos los españoles. Quiso Dios que se supiera con tiempo la agresión que se preparaba. Al instante el gobernador Felipe Reje Gorbaldán preparó los españoles que se pudieron armar, y pidió los indios amigos que necesitaba en tan duro trance. Se le enviaron algunos centenares, y habiendo embarcado parte de sus fuerzas en el río y apostado las restantes en lugares oportunos al otro lado, esperó al enemigo. Desde el 16 hasta el 22 de Enero de 1678 se estuvo peleando en forma algo irregular, pero con sumo encarnizamiento en las dos riberas del río Paraguay. El triunfo de los españoles fué completo, porque estaba la expedición bien prevenida y se habían tomado de antemano todas las precauciones que la ciencia militar podía sugerir para tales casos. Según informaba después el mismo gobernador «matáronse al enemigo más de seiscientos hombres y se le apresaron otros trescientos de la chusma, sin que muriesen ningún español y hubiese solamente unos dos indios heridos. Algunas indias, apresadas después entre los guaicurus, declararon que se habían arruinado casi todos los indios, y apenas quedarían unos setenta tierra adentro con un cacique principal que ya estaba muy viejo» (1).

Tales son los informes del Gobernador. Sospechamos que hay en ellos algo de fanfarria y exageración, pues se nos hace difícil el matar y apresar tantos hombres sin haber perdido ni uno solo de nuestra parte. No debió ser tan completo el exterminio de los guaicurus, cuando años adelante los vemos reaparecer e inquietar como antes a los españoles de la Asunción. Pero aun rebajando los números, no se puede negar que la victoria fué insigne, y se debió en buena parte al concurso de nuestros indios cristianos.

Más temibles eran, así a los españoles como a los neófitos, las incursiones de los paulistas, que por la parte del Oriente penetraban más o menos en territorio español. Ya no pudieron hacer aquellos horribles destrozos que les vimos ejecutar en 1628. Esto no obstante, de vez en cuando auxiliados por los indios tupies ásomaban acá y acullá y se llevaban no despreciables despojos. La más memorable de las irrupciones que hicieron después de 1640 es la del año 1676. Penetraron en la región oriental

(1) Archivo de Indias, 76-3-8. Carta de Gorbaldán al Rey. Asunción, 28 Enero 1678.

del actual Paraguay, se acercaron bastante a Villa Rica y pudieron saquear sin estorbo cuatro pueblos de cristianos. Llevábase algunos miles de cautivos, cuando el Gobernador español Díez Andino salió por fin a campaña, habiendo armado a los indios que pudo, porque era el tiempo en que éstos no tenían todavía las armas en su poder. Con alguna lentitud salió en pos de los paulistas y gracias a Dios pudo darles alcance a 180 leguas al Oriente de la Asunción, cuando ellos volvían tranquilos con cuatro mil cautivos hacia San Paulo. El Gobernador del Paraguay acometió denodadamente a los enemigos, les ganó el puesto en que se hallaban acampados y tuvo la fortuna de recobrar los cuatro mil cautivos (1). Sobre el valor que mostraron nuestros indios en esta facción, tenemos el testimonio del maestre de campo D. Francisco de Ledesma, dado pocos días después en la Asunción el 1 de Mayo de 1676. Refiere que llevó a sus órdenes a los indios de los pueblos San Ignacio, Santiago y Nuestra Señora de Fe y sirvieron en la batalla muy bien «señalándose todos ellos como buenos y leales vasallos de Su Majestad, en especial el cacique Lázaro Yaipirí del pueblo de Santiago, el cual peleó con sus vasallos con esfuerzo y valor» (2).

No se reducían a las empresas militares los servicios prestados por los indios a los españoles del Paraguay. También solían auxiliarles en las obras de pública utilidad de vez en cuando en las ciudades españolas. Por ejemplo, necesita en 1659 el Sr. D. Juan Blázquez de Valverde aderezar un puente principal en la Asunción. Pues vengan veinticinco indios para ejecutar la obra. Quiere el mismo Sr. Valverde enviar un cargamento de objetos suyos a la ciudad de Santa Fe. Pide veinticuatro indios para que bajen la balsa que ha de conducir el cargamento. Ofrecese al Sr. Díaz Andino, Gobernador del Paraguay, construir una iglesia de Santa Lucía y un hospital en la ciudad. Pues fué pidiendo hasta cincuenta y cuatro indios que ayudasen a los albañiles en las obras (3). En esta forma una vez para construir

(1) Véase en el Archivo de Indias, 74-4-15, la carta de Andino al Rey (24 Mayo 1676), refiriendo la victoria.

(2) Asunción, Arch. nac., vol. 61, nn. 14-17, f. 71.

(3) En Buenos Aires, arch. gen. de la Nación, *Jesuitas*, 1, puede verse un escrito con este epigrafe «Servicios militares de los indios de 1658 a 1674». Es una estadística de los servicios que como soldados y como trabajadores habían prestado hasta entonces nuestros indios.

edificios, otra para prepararlos, otra para transportar cargamentos molestos, otra para acompañar a los españoles en esta o en la otra obra pública, prestábanse de buena voluntad nuestros indios y contribuían con un trabajo útil y provechoso, que por cierto solía ser poco o mal retribuido por las autoridades españolas. Ya como soldados, ya como obreros, siempre estaban prontos nuestros neófitos para servir al Estado en la gobernación de Paraguay.

7. Mucho más nombrada que las expediciones militares de la Asunción, tuvieron algunas de nuestros indios en la ciudad de Buenos Aires. La más célebre fué la que se dispuso en 1680 contra el presidio portugués que se había establecido enfrente de la ciudad de Buenos Aires en la ribera izquierda del Plata, en las islas llamadas de San Gabriel. Desde tiempos muy antiguos deseaban los portugueses del Brasil ir extendiendo su dominación hacia el Sur y llegar a las riberas del Plata.

En 1679, el Gobernador de Río Janeiro, Manuel Lobo, condujo una expedición que se situó en las islas de San Gabriel a unas diez leguas en frente de Buenos Aires y tomó posesión de aquellas costas en nombre del Rey de Portugal. La población fundada allí se denominó Colonia del Sacramento. Protestaron contra esta posesión los españoles de la otra banda del río, y se entabló un altercado diplomático, cuyos incidentes sería prolijo referir (1). Basta a nuestro propósito el saber que después de un año largo de discusiones, determinaron los españoles recurrir a las armas. El Gobernador de Buenos Aires, José Garro, encargó de la facción al maestre de campo Antonio de Vera Mújica. Este armó a unos trescientos españoles y pidió a nuestros superiores que le aprontaran tres mil indios auxiliares para el asalto del fuerte portugués. Acudieron con puntualidad nuestros indios acompañados por varios Padres misioneros que servían de intérpretes para comunicarles las órdenes de los oficiales españoles. Dispuestas con mucha precaución todas las cosas, llegó por fin el momento de atacar el día 7 de Agosto de 1680.

Había mandado Vera y Mújica que estuvieran todos a punto para acometer, cuando él diera la señal con un disparo de carabina, pero la casualidad hizo que se empezase la batalla antes

(1) Quien quiera ver los numerosos documentos que se cruzaron en esta ocasión, puede consultar a Pastells, *Hist. de la Comp. de J. de la prov. del Paraguay*, t. III, desde la página 251 en adelante.

de tiempo. Ciertos indios nuestros se acercaron a un lado del fuerte y empezaron a subir creyendo que nadie los sentiría. Un portugués que los vió disparó contra ellos la carabina. Al oír el ruido del disparo, creyeron todos los indios que era la señal convenida entre los españoles y al instante empezaron el asalto. Aunque con alguna precipitación se puso luego todo el ejército en movimiento y se dió el asalto general. Los portugueses se defendieron con valor heroico, pero como apenas llegaban a trescientos hombres, no pudieron resistir el ataque de una fuerza igual española y la enorme superioridad numérica de nuestros tres mil indios, que realmente los oprimieron con su multitud. Perecieron en la refriega ciento veinticinco portugueses y todos los demás hubieron de entregarse al vencedor. De nuestros indios murieron quince y fueron heridos ciento quince.

El P. Pedro de Orduña, uno de los misioneros que acompañaban a los neófitos, redactó una relación interesante de toda la facción (1). Según nos dice éste entraron en batalla dos mil setecientos treinta indios, murieron quince y salieron heridos ciento quince. De resultas de las heridas espiraron a los pocos días otros quince indios. De los españoles dice han muerto hasta hoy seis y están heridos catorce. De los portugueses enterramos aquel

(1) Puede verse este escrito en Santiago de Chile, Bib. nac., *Jesuitas Argentina*, 290, núm. 35. El título es «Relación y carta del P. Pedro de Orduña, del avance de indios al fuerte portugués y victoria que ganaron a 7 de Agosto de 1680». En pos de esta relación viene una carta de D. José Garro, gobernador de Buenos Aires al P. Cristóbal Altamirano, Superior de las misiones, agradeciéndole el gran socorro que prestaron los indios en el asalto del fuerte. Fechada el 22 de Agosto 1680. En Buenos Aires, Arch. gen. de la Nación, *Jesuitas*, 2, existen dos certificados de Vera y Mújica, que no deben pasarse en silencio. En el primero habla de los indios venidos de Loreto. Dice que eran 156, y «mandando yo dar avance, con orden que para esto tuve del Señor Gobernador [José Garro], al fuerte y población de dichos portugueses en 7 de Agosto del presente año, los dichos capitanes y soldados de la doctrina de Loreto avanzaron con mucho brio y valor al dicho fuerte, ganando algunas piezas de artillería y el almacén de pólvora, en lo cual quedaron heridos seis de los dichos indios.» Con la misma fórmula testifica, que del pueblo de San Carlos vinieron 235 indios, y «mandando yo dar el avance a la estacada y población de los portugueses, lo hicieron con mucho brio y valor, hasta vencer y ganar aquella parte con muerte de muchos portugueses, que se quisieron valer de dicha estacada y de las embarcaciones que estaban junto a ella, desde donde mataron siete indios de dicho pueblo de San Carlos e hirieron a otros doce gravemente.» Ambos certificados están firmados «En este fuerte de Nuestra Señora del Rosario en 26 días del mes de Agosto de 1680.»

día, 7 de Agosto, diez y ocho, el día siguiente noventa y uno, y de los ahogados catorce, con que son en todo ciento veintitrés muertos. Peleóse, dice el P. Orduña, de una y otra parte con grandísimo coraje, los indios con grande aliento por vencer, los portugueses casi con desesperación hasta morir. Tal fué la batalla que sonó en nuestros partes e informes como una insigne victoria, y que realmente merece llamarse tal en aquellas regiones coloniales, donde eran tan reducidos los ejércitos que peleaban.

8. Aun estaba caliente la alegría de la pasada victoria, cuando de repente se aguló con una noticia, que fué pésimamente recibida por los indios. Habían discurrido los gobernantes de Buenos Aires, que les vendría bien el concurso de nuestros neófitos para las obras de fortificación que deseaban construir en su ciudad. Hallándose las reducciones a centenares de leguas de aquel puerto, juzgaron que lo mejor sería transportar un millar de familias de indios, y establecerlos en las cercanías de Buenos Aires. Obtuvieron una cédula real fechada el 26 de Febrero de 1680 en que se mandaba realmente el traslado de las mil familias. Fuese porque tardó en llegar a Buenos Aires esta cédula, fuese por atender a la conclusión de la conquista de la colonia, es lo cierto que no se dió publicidad al negocio hasta principios de 1681. Entonces el Gobernador de Buenos Aires, José Garro, resolvió poner en práctica lo dispuesto por Su Majestad. Envió un exhortatorio al Provincial del Paraguay, otro al Superior de las misiones, otro al P. Procurador de Buenos Aires, y escribió en fin diversas cartas dando toda la publicidad necesaria a la real cédula, para disponer el traslado de las mil familias (1).

No se puede creer la pésima impresión que este negocio causó en los indios. Tenían aquellos naturales un apego tal a su terruño, que les costaba a par de muerte pasar a vivir en otras regiones. Por eso el anunciado proyecto cayó como una bomba en aquellas tranquilas cristiandades. Oigamos lo que dice el Superior de las misiones P. Alejandro Balaguer (2), con fecha 23 de Setiembre de 1682. «El exhortatorio del Gobernador habiendo venido a noticia de los indios de estas doctrinas, antes de llegar a mis manos, causó en los ánimos de gentes nuevas tal alboroto, que me vi obligado a poner guardias a los que le trajeron y des-

(1) La cédula y los tres exhortatorios están en el Archivo de Indias, 74-6-40. Véase Pastells, t. III, p. 284.

(2) Había sucedido poco antes en este oficio al P. Cristóbal Altamirano.

viarles de los más fieros indios, para que no les matasen, y cautelando el peligro que corrían las vidas de los cuarenta y ocho sujetos que tenía a mi cargo, di cuenta de todo al P. Provincial... Entretanto que esperaba la respuesta, el único remedio que se me ofreció fué suplicar al Sr. Gobernador del puerto de Buenos Aires nos diese lugar de acudir a las audiencias de Chuquisaca y al Señor Virrey, para que se suspendiese el dicho trasvase de las mil familias, hasta que se recurriese a Su Majestad en su Real Consejo. De la cual súplica habiendo yo dado parte a los caciques y cabezas de estos pueblos, cesó el alboroto que sin duda hubiera crecido con perniciosas consecuencias» (1).

No menos que el Superior de las misiones representaron la dificultad de este transporte el P. Provincial Tomás de Baeza, el Procurador de Buenos Aires y otros misioneros de la Compañía. El mismo gobernador del Paraguay, Felipe Rege Gorbacán, aunque no se moría de amor a los jesuitas, y nos había causado graves pesadumbres; sin embargo, en esta ocasión entró en las ideas de los Padres y envió una carta juiciosa a nuestro Rey Carlos II, representando la moral imposibilidad de aquella traslación (2). Después de largas negociaciones desistióse de este pensamiento. Ya que no se trasladasen las mil familias, desearon los españoles en 1682, que acudiesen al menos trescientos indios a trabajar en las obras del puerto de Buenos Aires. Hubo sus dificultades en ejecutar esta idea. Escamados los guaraníes con el suceso anterior, temían no les engañasen, y una vez llegados a Buenos Aires, les obligasen a vivir allí. Fué preciso que el P. Balaguer diese sus explicaciones corriendo de pueblo en pueblo. Es curioso lo que nos cuenta el mismo sobre esta negociación. «Habiales yo dicho: preparaos para ir a Buenos Aires. A lo dicho callaban todos. Pasé más adelante: mirad que os pagarán, les dije, cada día desde que saliereis de Yapeyú. Callaban. Pasaba más adelante; iréis solos y sin vuestras mujeres y volveréis después de tres meses, y no os tendrán allá pidiendo vayan vuestras mujeres, y en esto no habrá engaño y esta es palabra del Rey nuestro Señor. Rara cosa, que siendo tan interesados, oyendo la paga que les habían de dar, callaban y tristes quedaban; pero en oyendo la palabra del Rey nuestro Señor, que su Gobernador les daba, que

(1) Arch. de Indias, 76-6-40.

(2) Arch. de Indias, 74-6-40.

no habían de ir con mujeres, entonces se consolaron y esto por cuantos pueblos anduve, y les intimé la orden dicha. Añadieron que siempre que el Rey Nuestro Señor quisiera (cuyos vasallos somos) que vamos o para trabajar como peones, o para defender la tierra como soldados, canoas hay y embarcaciones tenemos e iríamos con grande gusto para servir al Rey Nuestro Señor, como lo hemos hecho siempre; pero pretender que llevemos nuestras mujeres los hijos e hijas, eso no queremos y este es el sentir de todos los caciques y añaden: nuestras mujeres lloran oyendo esto...» (1).

En este hecho se percibe con claridad la veneración y amor al Rey de España que les habían infundido nuestros Padres a aquellos incultos neófitos, y juntamente el apego tenaz a su país, que conservaban constantemente los pueblos Guaraníes. Veinte años después se les ofreció otra ocasión de probar la sinceridad del afecto con que obedecían al Rey de España, y los sacrificios a que estaban dispuestos para apoyar los intereses españoles. Lo que habían perdido por las armas los portugueses en 1680, lo recobraron por la vía diplomática en 1683. Entonces el gobierno español mandó a su representante de Buenos Aires, D. José Herrera, entregar a Portugal la colonia del Sacramento, que se había conquistado con el auxilio de nuestros indios. Hizose la entrega y en los años siguientes ni portugueses, ni españoles mostraron dar importancia a la adquisición de aquel terreno. Empero a la entrada del siglo XVIII resolvieron los portugueses fortificarse bien en la ribera izquierda del Plata, manifestando sin rebozo el designio que ya abrigaban desde muy antiguo, de extender sus conquistas brasileras hasta el río Uruguay y Plata. Oyendo la noticia de este proyecto, pensó el gobierno español que sería peligroso tener un enemigo fortificado enfrente de la ciudad de Buenos Aires. Dió pues orden terminante al gobernador de esta plaza, de acometer la empezada fortaleza y desalojar a los portugueses de la ribera izquierda del famoso río.

La empresa no había de ser tan fácil. Sin embargo, se llevó a feliz término en 1705, gracias al poderoso concurso de los indios Guaraníes. El gobernador de Buenos Aires pidió a los jesuitas que le enviasen cuatro mil. Llegó esta noticia a las reducciones

(1) Arch. de Indias, 74-6-40. Alejandro Balaguer a Tomás de Baeza, Provincial, San Nicolás, 23 Setiembre 1682.

el 12 de Agosto de 1704. Al instante comunicaron la orden los misioneros a las reducciones del Paraná y del Uruguay, y dispusieron la jornada de las tropas indígenas. Poseemos una extensa relación de esta campaña, hecha por el P. José Mazo, que era procurador nuestro en Buenos Aires, y hubo de ver y presenciar casi todo lo que hizo (1). El 8 de Setiembre de 1704, según nos refiere este Padre, se embarcaron en el Paraná ochocientos indios armados y empezaron a viajar río abajo para Buenos Aires. Otros mil doscientos de los países del Paraná se pusieron en camino por tierra. Algo más pronto pudieron llegar los dos mil de las reducciones del Uruguay, que distaban menos del término de su viaje. En los tres últimos meses de 1704 y en los dos primeros de 1705, hubieron de trabajar los indios como obreros y pelear como soldados.

Durante los dos meses de Noviembre y Diciembre, dice el Padre Mazo, «trabajaban de noche los indios con los españoles, después lo trabajaban todo los indios de día y de noche. Se trajeron para los ataques más de cien mil fajinas y todas las cortaron e hicieron los indios, y más de ochenta mil las cargaron a hombros por más de legua y media y dos leguas, y las otras veinte mil las trajeron en barcas hasta las riberas, y de allí al real en carretas, y de éste a los puntos de ataque, que distaban más de tres cuartos de legua, las llevaron los indios a hombros. Dispusieron seis baterías, y cuanto en ellas se gastó y trabajó hicieron y acarrearón los indios. Toda la pólvora, las balas, tacos, tablas, palos, explanadas, cestones, todo lo cargaron a hombros y aun toda la artillería la tiraron a mano, desde el real a las baterías y de unas a otras, haciendo en todo esto lo que en Europa hacen los acémilas y caballos. No se descomponían alguna vez las baterías (y esto sucedía frecuentemente) que no las compusiesen ellos, y bien saben los expertos el riesgo que hay en esto. Los cestones los llevaban ellos expuestos al tiro del cañón y del fusil, de que murieron muchos... Si no hubiese visto yo lo mucho que trabajaron en manejar la artillería de una parte a

(1) Santiago de Chile, Bibl. nac. *Jesuitas, Argentina*, 290, n. 43. El escrito lleva este título: «Relación de lo que hicieron los indios que tienen a su cargo los religiosos de la Compañía de Jesús de la provincia del Paraguay en servicio de su Rey (Dios lo guarde) en la conquista de la colonia portuguesa, sita en la tierra firme, enfrente las islas de San Gabriel, años 1704 y 1705.» Doce páginas en folio firmadas en Buenos Aires a 12 de Setiembre de 1705.

otra, no lo creyera. A las veces ni cincuenta indios, ni tal vez ciento, podían con un cañón, por los ataques y arénales a ellos inmediatos, y, sin embargo, todo lo vencieron llevados del amor a su Rey y señor natural, y todos admiraban la constancia de los dichos, sabiendo la inconstancia natural de los indios.»

De este modo trabajaron en preparar el asalto, y cuando éste se dió, sirvieron animosamente como en 1680, atacando por donde les mandaban, conservando el orden como soldados europeos, a pesar de que caían muchos muertos y heridos en sus filas, y avanzando sin miedo a las balas del enemigo. La victoria fué completa, y se obtuvo a mediados de Marzo de 1705. Había durado más de cuatro meses el asedio, y en este tiempo, no solamente habían servido los indios con sus personas, sino también con gran multitud de caballos y mulas que fueron trayendo desde sus pueblos, de suerte que, según el cómputo de otros informes, llegaban a seis mil los caballos y mulas que llevaron los indios para la acción de la colonia.

Tal fué la fidelidad y denuedo con que servían los indios acompañados por nuestros Padres, que hacían de intérpretes y alentaban también ellos a trabajar y pelear por amar de Dios y del Rey de España. A este concurso de los indios Guarenies se debe tal vez la existencia de la actual república del Uruguay. Sin los indios Guaranies, muy probable es que España no hubiera puesto el pie en la ribera izquierda del Plata. El territorio que ahora ocupa el Uruguay hubiera sido enteramente ocupado y dominado por los portugueses, y a estas horas sería probablemente la provincia más meridional del Brasil.

Hubiera sido de desear que nuestros reyes y gobernantes manifestasen algo más de agradecimiento a aquellos pobres salvajes que con tanto desinterés sostenían la causa de España. Sin embargo, en más de una ocasión hubieron de experimentar lo contrario, y no sin grandes fatigas pudieron los jesuitas librar a sus indios de los trabajos de la mita y de otras empresas onerosas, que les quisieron imponer los españoles, todo en provecho propio. No hemos podido explicar todos los sucesos que ocurrieron en el Paraguay en la segunda mitad del siglo xvii. Hubiera sido muy fácil extender nuestra narración refiriendo trabajos y tribulaciones agudas que experimentaron nuestros Padres en todo este tiempo, pero es necesario limitarnos y dejando para obras más especiales la explicación completa del argumento, ha-

gamos alto aquí, resumiendo en estos dos puntos el resultado de todo este capítulo.

Primero: en toda la segunda mitad del siglo xvii florecieron en cristiandad y se acrecentaron bastante en población las reducciones del Paraguay. Segundo: en todo ese tiempo prestaron servicios importantes a la monarquía española, ya como trabajadores, ya principalmente como soldados, defendiendo nuestro territorio de las agresiones de los enemigos de España.